



agnès varda

T / CECILIA NAVESNIK
F / GUCHY

Querible, inteligente e imparable, Agnès Varda se construyó como artista independiente. Conocida como la “abuela de la *Nouvelle Vague*”, es fotógrafa, cineasta, documentalista y artista visual. Busca lo fantástico en la realidad, e incluye verdad en la ficción. Su historia de amor fue —literalmente— cinematográfica. Le gustan la gente, los gatos y las playas.

GATA FLORA

/ Agnès Varda no tomó el camino habitual, nunca lo toma. No fue a una escuela de cine, no empezó siendo asistente, no se dedicó a la crítica. Amante de la pintura, entró a la *École du Louvre* y se convirtió en fotógrafa. Y por motivos que aún hoy (a sus 89) le cuesta explicar, un día se lanzó a hacer películas. Fue directo al largometraje y sólo después hizo cortos. “Pero no es grave, —dice— si ponés todo en una bolsa y la sacudís, termina siendo lo mismo”. Vive en París, en una casa con patio, plantas y gatos, que fue siempre su centro de operaciones. Mezcla de oficina, hogar y locación de cine, su vida y sus películas pasaron por ahí. Porque no hay dudas: Agnès Varda lleva adelante una existencia cinematográfica. Nació en Bruselas, en 1928. Fue la hija del medio de cinco hermanos. Pasó su infancia en Bélgica, hasta que el 1940 la guerra los obligó a trasladarse al sur de Francia. Su adolescencia transcurrió en Sète primero, y después en París. Estudiaba Historia del Arte por la mañana e iba a la *École de Vaugirard*, sección Fotografía, por la tarde. Los pintores que admiraba en esa época influenciarían todo su trabajo.

Alrededor de 1948, fue la encargada de registrar los comienzos de Jean Vilar y estuvo presente en la creación del Festival de Teatro de Aviñón. Fue la fotógrafa oficial del *Théâtre National Populaire de Paris*, y mientras realizaba en paralelo retratos de célebres y anónimos, viajó a China y a Cuba para hacer reportajes fotográficos. En Cuba, en 1962, la entusiasmó la mezcla de revolución y Cha-cha-chá y logró retratar a Fidel Castro, a quien vio como “un utopista con alas de piedra”. Colgó su primera muestra individual en el patio de su casa (claro), en 1954. Con el tiempo, la atención se centró en su trabajo como cineasta. Sólo muchos años des-

pués, los registros de esos viajes y sus retratos serían expuestos al público. Y, hay que decirlo, sus fotos anunciaban algo que sería clave en toda su obra: su interés por las personas, su sensibilidad para abordar a sus sujetos, su capacidad de captar al otro sin dejar de estar ella presente en sus imágenes.

“Me gustaba ser fotógrafa. Había algo en el silencio de la fotografía que era a la vez fascinante y frustrante. Y pensé: si además puedo hablar, que haya música... No sé exactamente qué me llevó al cine”. Para ese momento, no había visto más de diez películas y cree que eso mismo la dotó de la ingenuidad y el coraje necesarios. Así que, sin formación ni prejuicios, arrancó.

Tenía una cosa clara: su film no debía ser una mera ilustración, debía ser radical, proponer una forma diferente. Eligió a dos actores del Teatro Nacional Popular, Sylvia Montfort y Philippe Noiret, y en 1954 rodó su primer largometraje: *La Pointe Courte*, un drama marital que se desarrolla en Sète, el pueblo costero donde había crecido. Mezcla de ficción y documental, alterna la historia de la pareja con la realidad de los pescadores. Varda tenía veinticinco años.

Esa película, su primera playa, le valió el mote de “abuela de la *Nouvelle Vague*”. Ocurre que, en retrospectiva, muchos ven en ella los elementos claves del movimiento francés que se estaba gestando, y que cambió el modo de hacer y pensar el cine. Pocos años después, Truffaut filmaría *Los cuatrocientos golpes*, y Godard, *Al final de la escapada*. Si bien hoy no hay dudas de la influencia y los méritos de esa primera experiencia, hay quienes creen que Varda fue reconocida recién por su segunda película (y no siempre incluida en el grupo que formaban Truffaut, Godard, Resnais, Chabrol, Rivette, Rohmer y compañía) sólo porque era mujer.

cléo de 5 à 7

//

Con Jacques Demy se cruzó por primera vez en un festival de cortos. Estudiaban en la misma escuela. Él cine, ella fotografía. En 1959, al poco tiempo de estar juntos, Jacques se mudó a la casa parisina de los gatos y las plantas. Agnès vivía ahí desde 1951, después de haber dejado el hogar familiar en secreto y sin decir a dónde iba; después de haber trabajado arreglando redes de pescadores en pueblos costeros. Había encontrado esa casa hecha una ruina. Pero para el momento en que llegó Demy, Agnès ya la había acondicionado, la había usado para hacer muestras y rodajes, y convertido en el lugar de encuentro de sus amigos artistas (entre los que estaba el fotógrafo húngaro Barassaï, a quien Varda retrató en varias oportunidades); había fundado la productora que le permitió hacer su primera película (Ciné-Tamaris, que aún existe) y había tenido a su hija Rosalie. A partir de allí, Varda y Demy serían inseparables y compartirían profesión e intereses. Y aunque rara vez se visitaban en rodaje y sus filmografías no se cruzaron, sí prestaban una atención cómplice a su trabajo respectivo. Jacques fue un padre para Rosalie, y en 1972 nació Mathieu, el único hijo que tuvieron juntos. Varda cuenta que, luego del éxito de *Al final de la escapada*, había un afán creciente por películas realizadas en blanco y negro y de bajo costo, que lograran atraer al público. Con esa lectura –menos romántica que la habitual–, ella explica ese momento de auge del cine. “Los directores franceses de los sesenta fuimos lo bastante afortunados como para que entonces no hubiera ningún otro país proponiendo un cine nuevo o una nueva manera de filmar. Hoy, en cambio, las películas interesantes vie-

nen de cuarenta países diferentes, y cada mes aparece una nueva promesa en la dirección. La competencia es mucho más dura que entonces, nosotros pudimos disfrutar de un éxito pacífico”. Recomendado por Godard, Demy rodó *Lola*. Y cuando le tocó dar el nombre de otro director que estuviera a la altura, mencionó a Varda. Entonces llegó *Cléo de 5 à 7*, estrenada en 1961. El film narra dos horas en la vida de una joven que espera los resultados de unos exámenes médicos. Y, de nuevo, Agnès tuvo una cosa clara: no iba a usar elipsis, no iba a eliminar los tiempos muertos, quería estar siempre con su protagonista. “Mi idea era hacer una película en tiempo y geografía reales, que pusiera en evidencia la diferencia entre el tiempo objetivo de los péndulos y relojes, y el tiempo subjetivo de las sensaciones. Y sí, efectivamente, es también una película sobre París, sobre el París de aquel entonces”. Varda eligió a la actriz Corinne Marchand pensando en la belleza femenina de los cuadros que tanto había estudiado, escribió la letra de la canción central de la película (musicalizada por Michel Legrand) y finalmente recibió el reconocimiento merecido. *Cléo de 5 à 7* fue seleccionada en Cannes en 1962, y cincuenta años después, restauración de por medio, fue incluida en su sección de Clásicos. En 2016, cuando el film cumplió cincuenta y cinco años, fue nuevamente proyectado en festivales de todo el mundo. Haciendo gala del entusiasmo y la lucidez que la caracterizaron siempre, Varda paseó sus ochenta y ocho años por cada evento al que fue invitada. ///

La abuela de la Nouvelle Vague viene dirigiendo películas hace más de sesenta años, y lleva hechas alrededor de cin-

Agnès Varda / Les plages d'Agnès

cuenta. Pasa del corto al largometraje, abordando temas que nacen de sus pasiones, sus circunstancias, la realidad social y sus viajes. Hace ficciones y documentales, pero sus films nunca son tradicionalmente puros en ese sentido. La realidad se cuela en todos sus relatos, y la puesta en escena forma parte de sus investigaciones. Aunque sus trabajos son diferentes entre sí, la experimentación formal y la libertad narrativa son su marca de autor. Nunca quiso responder a criterios estéticos ajenos, y buscó estar pendiente lo menos posible de las recaudaciones y el “éxito” de sus películas. Así nació Ciné-Tamaris (cuyo logo es un gato), cooperativa de producción que le permite financiar y llevar adelante sus proyectos. La oficina principal funciona en la mencionada casa del patio, y a pocos metros, sobre la misma calle, un local hace de sala de edición y especie de boutique cinematográfica. Durante los sesentas, Agnès y Jacques vivieron varios años en Los Ángeles. Allí Varda filmó *Lions love (... and lies)*, *Oncle Yanco* y *Black Panthers*. En nuevas visitas a Estados Unidos en los ochentas, fue el turno del documental *Mur murs* (sobre murales de arte callejero) y la ficción *Documenteur* (la historia de una madre y su pequeño hijo, interpretado por el hijo de Varda). Esta última película es paradigmática en relación a su modo de trabajo. El escritorio de su protagonista está situado frente a un ventanal que da a la playa –siempre la playa–, y Varda cuenta que dejaban la cámara filmando para usar el material que surgiera de la realidad al otro lado del vidrio. Y, por ejemplo, una discusión de pareja con la que se toparon en pleno rodaje terminó siendo el fondo de una de las escenas. Su paso por Los Ángeles implicó algunas otras cosas: que conociera a Jim Morrison y que en mayo del 68 no estuviera en París.

La resonancia de sus primeros films resurgió con *Sans toit ni loi*, que ganó el Leone d’Oro en Venecia en 1985. Se trata de la historia de una joven vagabunda intentando sobrevivir al frío y al hambre. Un personaje que se mueve por la vida haciendo dedo, cuyos encuentros con desconocidos están separados en la película por treces *travellings* de igual duración. Como en otros ejemplos de su cine, el elenco está formado por una actriz (que hace el rol principal) e individuos reales no-actores con los que ella interactúa. “Siempre quise utilizar la técnica documental al servicio de la ficción para dar a ésta la textura de la realidad. Para mí hay un cine de simple representación y un cine que busca su lenguaje. A lo largo de mi carrera trabajé lo que llamo la *cinescritura* en campos tan diferentes como la ficción (documentada) de, por ejemplo, *Sans toit ni loi*, o el documental (de personajes)”. Jacques Demy enferma. Tiene SIDA. Por un tiempo, el cine y la vida de Varda estarán dedicados a él. Debilitado y sin energía, Demy se aboca a escribir una película sobre su infancia. En un último gesto de amor, Agnès será la encargada de rodarla junto a algunos amigos. En ese “silencio afectuoso”, filman en blanco y negro *Jacquot de Nantes*. Demy muere diez días después del final del rodaje. Y Agnès le sigue rindiendo homenajes en *Les Demoiselles ont eu 25 ans* (1993) y *L’Univers de Jacques Demy* (1995). ///

Todo empezó con una papa en forma de corazón. Un hallazgo que la llevó, en 2000, a rodar *Les Glaneurs et la glaneuse*, un documental sobre el fenómeno de la recolección de alimentos desechados. Acompañada por un

VAGABOND

Agnès Varda / Les plages d'Agnès

reducido equipo de colaboradores y una pequeña cámara digital, explotó al máximo su calidad de entrevistadora. “Como pedía a gente en situaciones difíciles que me hablaran y dejaran que los filmara, y como siempre escribo y grabo yo misma los comentarios de mis películas, me empecé a permitir aparecer como la persona que filma y que participa en la aventura de su propio cine. Es simplemente... compromiso. Me gusta que la gente diga: ‘hay alguien detrás de la cámara’. Y ese alguien es una persona con sus emociones, su curiosidad, con inteligencia. Es una persona que ha trabajado para que se establezca una comunicación con la gente que mira”.

A partir de una investigación exhaustiva en la que Varda se implicó emocional y políticamente, la película combinó el interés cinematográfico de su forma, con el atractivo que despertó su contenido. Organizaciones sociales, ambientales y de consumo la hicieron propia, y se volvió material de estudio en escuelas y universidades. Agnès Varda se reinventaba.

En 2008 llega *Les plages d'Agnès*, (felizmente) narrada por su propia voz. Como ella misma la describe, se trata de una “autobiofilmografía poética y lúdica”. Sus memorias cinematográficas, su biografía filmada, su inagotable creatividad, y todo eso junto. La película ganó varios premios y la buena recepción del público le permitieron estrenarla alrededor del mundo. Buenos Aires fue afortunada y la acogió en sus pantallas.

En el primer plano de *Les plages d'Agnès* hay una playa al atardecer. El cielo manchado de rosa; la arena salpicada de algas. Anticipando con el cuerpo el recorrido que hará sobre su historia, Agnès camina hacia atrás y dice: “Hago el papel de una ancianita, gordita y habladora, que cuenta su vida. Y sin embargo son los otros los que

me interesan y a quienes quiero filmar. Los otros, que me intrigan, me motivan, me interpelan, me desconciertan, me apasionan. Ahora, para hablar de mí, pensaba: si abriéramos a la gente, encontraríamos paisajes. Si me abrieran a mí, encontrarían playas”.

////

Varda impulsó su carrera de artista plástica a partir de la exhibición de sus instalaciones en la Bienal de Venecia de 2003. Sus películas forman parte de sus muestras, y sus fotografías volvieron a exhibirse. En el marco de Paris Photo 2014, su primera exposición (aquella de 1954, montada en el patio de su casa) se pudo ver en el Grand Palais. En 2015, se presentó *Varda/Cuba* en el Centre Pompidou. En un diálogo que evidenciaba una de las tensiones centrales en su obra, la muestra combinaba las fotos de 1962 —ahora parte de la colección del museo— con *Salut les Cubains*, el video animado que realizó a partir de ellas al volver del viaje. A comienzos de 2016, *Patates & Compagnie* volvía sobre el tema de las papas y los *glaneurs*/espigadores. Todo en el Musée d'Ixelles, su ciudad natal. Y el círculo cierra.

“He tenido tres vidas. La primera como fotógrafa, la segunda como cineasta y ésta como artista visual. Es fácil hacer esta distinción aunque luego, en la realidad, mi obra es un constante cruce de caminos. Hago películas, documentales o de ficción, cortos o largos. Tomé fotografías, vuelvo a hacerlo. Escribí y escribo. Siempre busco nuevos caminos de proyección de filmes e imágenes, y puedo cocinar mezclas insólitas. Pero lo que es nuevo en mi vida es ser invitada a galerías y museos cuando antes sólo me llamaban para festivales. Se trata

de una relación diferente con un público diferente, pero sobre todo, se trata de encontrar dispositivos que pongan en evidencia, de manera distinta, las relaciones entre imagen y sonido”.

Agnès Varda es incansable y continúa trabajando. Participa como jurado en festivales. Recibe premios honoríficos (*Pardo de'Onoro* en Locarno, en 2014; *Palme d'Or d'Honneur* en Cannes, en 2015). Pero no deja de trabajar desde su casa-estudio, estampando cada escrito con un sello que tiene la silueta de un gato. Su productora no se ocupa sólo de financiar sus proyectos, sino también de mantener vivas sus películas y las de Jacques Demy. En 2013 lanzó la campaña *Il faut sauver Les Parapluies de Cherbourg*, destinada a juntar fondos para restaurar el mítico musical de 1964 dirigido por Demy y protagonizado por Catherine Deneuve. Los cinéfilos se entusiasmaron y la iniciativa fue un éxito.

Mantiene activo un *Facebook* propio y otro dedicado a Jacques. Desde ahí, alienta a ver en el cine tal o cual película, le desea feliz cumpleaños a “Mademoiselle Deneuve”, o celebra la proyección de *Les Parapluies...* en nuestro BAFICI. Hace tres años abrió durante cinco meses junto a su hija Rosalie la Maison de l'Aiguebrun, que solía ser su casa de campo familiar, como si fuese un hotel efímero en Provenza, dedicado al cuidado del cuerpo y la mente, un espacio cultural con espíritu *Nouvelle Vague* (conciertos y sesiones de cine al aire libre, lecturas cantadas, clases de yoga, cocina de autor...). Además, está en plena producción de una nueva película (*Visages, visages*), con estreno pautado para este año. Lo que confirma una buena noticia para todos: a su edad, a Varda no le falta fuerza ni inspiración.

Testigo y narradora del siglo pasado y de éste, Varda parece capaz de lograr lo que quiera. En su obra siempre se

retrata a sí misma, directa o indirectamente, reflexionando sobre el rol y la función del artista. “Se mezcla todo. Pero en un momento dado hay que hacer una película que tenga una forma. Una película no es la vida, es la vida de la película. Y fuera de ella, la vida del cineasta continúa. No somos cineastas sólo cuando decimos ‘acción’ y ‘corte’. Somos cineastas en una reflexión general, una reflexión en relación a la vida. Hacer cine es una forma de existir. El cine es mi casa. Siento que siempre viví en él”.

fin

Fuentes: *Les plages d'Agnès* (escrita y dirigida por Agnès Varda, Francia, 2008) / Tellerico, Brian, TIFF 2016: The Ebert Tribute to Agnès Varda, 12/09/16, www.rogerebert.com / Heredero, Carlos F., "Agnès Varda, la lucha solitaria", El Cultural, 03/04/03 / De Pedro, Gonzalo, "Agnès Varda: Es un mal debate el del cine femenino", El Cultural, 13/04/12 / Caballero, María, "Agnès Varda: El fin del cine no sucederá pronto, no scamos agoreros", El Cultural, 30/10/12 / Agnès Varda: Cinco años después, Realizada por "Documenta 2" y emitida por TVE, APChlogdecine,19/11/12 (Youtube) /Agnès Varda, Festival de Cine Europeo de Sevilla / Entrevista: Clara Sanz y Basem Al-Bacha para www.elumiere.net, 11/12 (Vimeo) /Agnès Varda Q&A, La Pointe Courte (1955) at Art of the Real, the Film Society of Lincoln Center's annual nonfiction film festival, 14/05/15 (Youtube) / Rencontre avec Agnès Varda et Michel Legrand à l'issue de la projection de Cléo de 5 à 7, FIFLR 2016, Grande Salle - La Cour-sive, La Rochelle, Crédits vidéo: Claire Veyssset et Marion Leyrahoux, 03/07/16 (Vimeo) // Sitios web consultados: imdb.com, festival-cannes.fr, nathalieobadia.com, museedzelles.irisnet.be, maisondelaguebrun.com, cine-tamaris.com